

TERCERA PARTE

OCTAVIO

Sólo el último acto es grande, el que pone un término a todos los otros; el que impone el silencio a las vicisitudes de la vida, libera por fin el sueño y hace perder el gusto por la abyección de la que por igual se nutren el mendigo y el emperador.

I

Cuando Antonio llega a Alejandría,^{clxvii} encuentra la ciudad en plena efervescencia. Por todos lados resuenan los llamados de las trompetas. Las tropas surcan las avenidas. Desde el puerto hasta las murallas, es el zafarrancho de combate.

Apenas desembarca en su capital, Cleopatra se hace llevar en gran pompa al palacio de Loquias. Convoca a sus ministros y les hace saber que está decidida a proseguir la lucha, que rehusaba considerarse derrotada mientras subsistiera un viso de esperanza. Después de lo cual se había encerrado en sus apartamentos para darle el último retoque al plan de campaña que había esbozado en la cabina de su galera durante su viaje de regreso. Nunca su fuerza de alma había sido tan grande, nunca había contrastado tan vivamente con su fragilidad física: sometida a César, igual a Antonio, debía ahora ser superior a Octavio.

No ignora ella que Accio acabó con las esperanzas del imperio egipcio-romano. Pero espera todavía conservar para Egipto el *status* de reino independiente. Para ello, sabe que ya no puede contar con el apoyo de Occidente. De ahora en adelante, la salvación sólo puede venir del Oriente.

Sin perder un instante, envía embajadores a Media y a Partia. Hace confirmar por el rey de los medas el matrimonio de Alejandro-Helios con la princesa Iotapa. Luego, al enterarse de que Artavazd, el rey de Armenia, quiso aprovechar su ausencia para ponerse en contacto con Octavio, lo hace decapitar y le envía su cabeza al rey de los medas, para mostrarle el tratamiento que le tiene reservado a quienes la traicionan.

Esperando con impaciencia el regreso de sus embajadores, Cleopatra procede a una empresa cuya intrepidez llenó a Plutarco de admiración. Da la orden de cargar, desde el Mediterráneo hasta el Mar Rojo, todo lo que resta de su flota. El convoy

debe tomar la ruta del desierto, de treinta y cinco millas de longitud, que va de Pelusia al golfo de Suez.^{clxviii} Esta decisión subraya hasta qué punto sus pensamientos estaban dirigidos al Oriente. Si Egipto debía ser invadido, era allí que ella se refugiaría para proseguir la lucha. Adelantándose a esa eventualidad, piensa transferir allí todo lo que posee de más precioso: su hijo, una parte de sus tesoros y los navíos sobrevivientes de Accio.

Tales son los proyectos que acaparan su mente cuando inopinadamente Antonio llega a la capital. A decir verdad, su llegada le causa más molestias que placer, porque su presencia no puede más que complicar su tarea. ¿No la va a paralizar de nuevo con sus quejas, ahora que todas sus facultades tienden a la acción?

Al enterarse de que ella trata de construir una coalición oriental, Antonio corre al palacio para suplicarle que renuncie. Su sangre romana se subleva contra la idea de que, para resistir a Octavio, ella pueda fomentar «una rebelión de vasallos». Ese proyecto no sólo es indigno de ella: es insensato. Nunca los orientales contendrán a las fuerzas de Occidente. A cambio de su plan, le propone otro: consiste en congregar todas las legiones romanas diseminadas en Cirenaica, en Egipto, en Siria y en el rosario de guarniciones que bordean el Mediterráneo para precipitarlas sobre Octavio, apenas éste desembarque en África.

Pero apenas formulado, ese bello proyecto se derrumba. No solamente Octavio ya desembarcó sino que, avanzando a pasos agigantados, se apoderó de Siria. En los días siguientes, Antonio se entera sucesivamente de que sus legiones sirias se unieron a su rival, que las legiones de Cirenaica también desertaron y que marchan sobre Alejandría bajo el mando de Cornelio Galo. Todas las tropas de las que creía aún disponer se pasaron al enemigo....

Esta debacle hace a su plan no sólo irrealizable: le pone también un término al proyecto de coalición oriental, porque el veloz descenso de Octavio a través de Siria cortó todas las rutas que unían a Egipto con Asia. Para hacer aún más crítica la situación, grupos de beduinos nabatenos parten de Petra y efectúan un *raid* en las nuevas cuencas de Suez. Después de masacrar a los equipos de vigilancia, incendian las primeras galeras transportadas a través del desierto, así como las que estaban en construcción en los astilleros locales. Toda esperanza de transferir la flota del Mediterráneo al mar Rojo tiene también que abandonarse....

Mientras tanto, el avance de Octavio no aminora. Partiendo al oeste de Paretonio, al este de Gaza, sus fuerzas se acercan peligrosamente a la capital. Llegan por fin a las fronteras del delta. El peligro se hace tan grande que obliga a Cleopatra a tomar una de las decisiones más dolorosas de su vida. Sin duda alguna, en unos cuantos días la ciudad estará cercada. No obstante, la idea de ponerse ella misma a salvo ni siquiera aflora en su mente. Pase lo que pase, ella se quedará en su capital, para arrancarle a Octavio condiciones honorables para su hijo. Pero como a ningún precio quiere que Cesarión caiga entre sus manos — pues toda negociación se

volvería entonces imposible — se decide, con la muerte en el alma, a hacerlo partir hacia el sur.

Después de haber proclamado su mayoría de edad,^{clxix} lo envía a Coptos con su tutor Rhodón; luego, a través del desierto, a Berenice, un puerto situado sobre la costa occidental del mar Rojo. De allí, si las cosas se ponen mal, él podrá escaparse y cinglar hacia el valle del Indo, en donde el recuerdo de Alejandro sigue vivo.

Porque, por trágica que sea su situación, Cleopatra no puede impedirse hacer proyectos de porvenir para Cesarión. Ella lo ve renovando vínculos de amistad con los príncipes de las antiguas satrapías cisíndicas, con los reyes filhelenos de Areión y de Bactriana, y regresando para liberar Egipto a la cabeza de una formidable coalición oriental que ella misma habría armado si los acontecimientos le hubieran dado tiempo. Para facilitar su tarea, ella le entrega una suma enorme y lo hace escoltar por una imponente corte, porque sabe que los soberanos reducidos al exilio no son nunca bien recibidos en el extranjero si son pobres.

Podemos imaginar lo que debió haberle costado a Cleopatra separarse de su hijo. Desde antes de que naciera, todos sus pensamientos, todas sus ambiciones gravitaban a su alrededor.

Pero si Cleopatra es una mujer sensible y emotiva, también sabe dar pruebas de carácter cuando las circunstancias lo exigen. No llora ni se condeue de sí misma al ver que se aleja hacia el sur el bello adolescente en el que descansan todas sus razones de vivir.

Bien hizo además en no retrasar su salida. Porque dos días después, al efectuar su unión, los dos ejércitos de Octavio llegan a las puertas de Alejandría (fines de julio de 30).

II

Y he aquí a Antonio y a Cleopatra encerrados en su capital. Cuántas veces, en el pasado, quisieron separarse! Pero un destino más fuerte que ellos los acercó siempre el uno al otro.

Una vez más, están reunidos. Y una vez más, Cleopatra se verá forzada a poner su suerte en las manos del hombre en quien perdió la confianza y que su razón desprecia, pero que nunca dejó de amar desde lo más profundo de su corazón.

Porque a menos de capitular ignominiosamente ante Octavio — y la mera idea basta para hacerla enrojecer de vergüenza — ella tendrá que librar batalla con las fuerzas que le quedan. Ahora bien, con la excepción de la guardia macedonia del castillo y algunas unidades egipcias, dichas fuerzas se componen esencialmente de cuatro legiones romanas, que constituyen el grueso de la guarnición de Alejandría. Además, éstas nunca aceptarán lanzarse al combate bajo el mando de una extranjera. Será necesario, por lo tanto, que Antonio asuma el mando.

Son embargo, Cleopatra titubea en pedirselo. Según Dión Casio, Octavio le habría hecho llegar mensajes amorosos. Él le habría hecho decir en secreto, a través de su liberto Thyrsus, «que la valentía de la que daba pruebas entre tantos infortunios había tocado su corazón y que sería feliz de merecer su amistad». Es posible que esas palabras hayan reforzado en ella la idea de una negociación, cuya esperanza todavía acariciaba y gracias a la cual ella lograría arreglar favorablemente la suerte de Cesarión. En ese caso, la presencia de Antonio debió haberle parecido un obstáculo más que una ayuda. Pero cuando el vencido de Accio le pide tomar el mando de las tropas y le hace entender «que más vale enfrentar a Octavio en una batalla ordenada que padecer los rigores de un sitio interminable», ella termina por consentir, ya sea porque su orgullo natural haya vuelto a imponerse ya sea porque estima que eso sería quizá, para él, el mejor medio «de dejar en condiciones honorables una existencia deshonrada». Pero como no tiene la menor ilusión sobre el resultado del combate, deja el palacio real con sus doncellas para instalarse en el mausoleo que se mandó construir al lado del templo de Isis, un poco al este del promontorio de Loquias y al que ya hizo transportar su ataúd.

Quién sabe si no, después de todo, Antonio lograra infligirle a Octavio una derrota suficientemente humillante, no para obligarlo a retirarse — eso sería demasiado bello — sino para llevarlo a pactar sobre bases aceptables! Al pasar en revista sus fuerzas, se percató de que Antonio detenta todavía algunas cartas fuertes. Alejandría es una ciudad poderosamente fortificada. La parte de la flota egipcia que regresó de Accio y que no pereció al ser transportada al mar Rojo está anclada en el puerto, al igual que un cierto número de construcciones de guerra. Los soldados de la guarnición están bien alimentados y bien pagados, en tanto que los legionarios octavianos no han visto su sueldo desde que partieron de Italia....

Ya para los últimos días de julio, las cohortes de Octavio, que se resienten del calor, se instalan en los bordes del hipódromo, en las alturas de Coprón. Informados de su extremo cansancio, Antonio decide aprovechar la ocasión. Juntando rápidamente a sus tropas, ataca de improviso a la caballería de Octavio y la derrota, después de infligirle severas pérdidas. Aunque él mismo herido en el curso del enfrentamiento, se precipita al palacio, irradiando felicidad, para informarle a la reina del éxito que acaba de obtener. La encuentra en el umbral de la entrada principal, se abalanza hacia ella y la aprieta contra su coraza, manchada todavía de polvo y sangre.

Al día siguiente por la mañana, Antonio, a quien esa victoria devolvió todo su optimismo, envía un insolente mensaje a Octavio. Como en la víspera de Accio, lo invita a venir a medirse con él en combate singular. Octavio le hace responder con una desdeñosa frialdad «que si busca bien, encontrará muchos otros medios para terminar con su vida». Ulcerado, el triunviro fija el ataque general para el 1º de agosto.

Durante la comida de la noche, que precede a la jornada decisiva, le pide a sus criados que le sirvan copiosamente y que no se muestren avaros con el vino, «dado que, a partir del día siguiente, tendrán quizá que servirle a un nuevo amo, en tanto que él, la encarnación de Baco, el dios de las fiestas alegres, quedará extendido, muerto en el campo de batalla». Como los convidados protestan, él recobra el dominio de sí mismo y con vivacidad les declara «que en lo que a él atañe, lejos de esperar morir, espera llevarlos a una victoria decisiva».

Pero tarde durante la noche, un extraño rumor atrae la atención de los alejandrinos. «Cuando la ciudad apaciguada dormía bajo las estrellas, nos dice Plutarco, se oyeron de pronto sonidos lejanos de flautas, címbalos y voces acompañando una alegre melodía. Como se acercaban rápidamente, no se tardó en discernir los redobles y el martilleo ritmado de pies danzantes, luego, a intervalos, clamores y gritos de una multitud, mezclados con la música desenfadada de una canción báquica. El ruidoso cortejo parecía atravesar la ciudad en línea recta por el medio, en dirección de la puerta de Canope. En ese lugar, el alegre tumulto alcanzó su máximo de intensidad. Bruscamente, los sonidos cesan y no vuelven a oírse. Quienes en la noche escucharon esa música desenfadada quedaron convencidos de haber oído pasar a Dionisos al momento en que, abandonando al ejército de Antonio, su encarnación vencida, se unía, con su escolta fantasma, al campo victorioso de Octavio».^{clxx}

III

Al alba, Antonio hace salir a sus tropas por las puertas situadas al este de la ciudad. El ataque debía tener lugar simultáneamente en tierra y en mar, pues Cleopatra había dado la orden a las galeras egipcias de romper la barrera de navíos que Octavio había dispuesto frente a la entrada del gran puerto.

Antonio establece su cuartel general en una elevación del terreno, situada contra el muro del recinto y el hipódromo, un poco hacia atrás del mar. Desde ahí su mirada domina el campo de batalla. De pronto, ve que todos sus jinetes se alejan a galope y se ponen a salvo detrás de las líneas enemigas! Con eso se ve reducido a la infantería, que no tiene la talla para sostener el choque de las fuerzas octavianas. ¿Lo traicionó en el último minuto su jefe de caballería? Enloquecido, vuelve la mirada hacia el mar y lo que percibe lo enloquece aún más.

La flota egipcia zarpa y, al dejar el gran puerto, se dirige hacia la de Octavio. Pero en lugar de atacarla, como se había convenido, buques alejandrinos y buques octavianos se saludan y fraternizan. Después de ello, regresan juntos al puerto en donde se ordenan lado a lado.

Ese espectáculo llena a Antonio de una auténtica rabia. Es imposible equivocarse: la reina lo traicionó! Ella prestó oídos a sus consejeros felones quienes

la indujeron a pactar con Octavio! Quién sabe si, en ese mismo instante, no está ella ya negociando con él! Después del «abandono» de Accio, la traición de Alejandría! Realmente es demasiado!

Sin saber ya lo que hacía, Antonio se repliega precipitadamente hacia la ciudad y se abalanza por las salas del palacio profiriendo imprecaciones terribles. Acusa a la reina de «haberse librado a los enemigos que él se generó para darle gusto» y clama para ella todas las maldiciones del cielo. Inútilmente Cleopatra protesta, él se rehúsa a escucharla. Constatando el estado de agitación en el que Antonio se encuentra y temiendo que la atravesase con su espada, Cleopatra y sus dos doncellas, Iras y Carmión, huyen espantadas y corren a refugiarse al mausoleo de Isis a través de un pasillo interior.

Cleopatra, sin embargo, no está por nada en la doble deserción de la caballería y la flota. El jefe de las galeras y el de caballería habían sido sobornados por Octavio. Pero Antonio — que nada sabe de ello — sigue convencido de que fue víctima de la felonía de la reina.

En un estado cercano a la locura, recorre de arriba abajo los apartamentos del palacio, maldiciendo a Cleopatra y a sus indignos consejeros. Les predice que serán las execración de los siglos futuros y exclama que ningún castigo será nunca adecuado para su crimen.

Entretanto, uno de los oficiales de su estado mayor, que siguió a la reina hasta el mausoleo en donde se refugió y que debió haber entendido mal el mensaje que le transmitió una de sus doncellas, regresa para anunciarle a Antonio que Cleopatra se suicidó.

La cólera del triunviro se acaba de tajo. Agobiado por el dolor, se abate sobre el piso de mármol y allí se queda un largo momento como privado de la vida. Luego, a medida en que la noticia penetra en su cerebro, recupera el conocimiento. Su furor, su resentimiento, sus sospechas se desvanecen.

— Para qué tardar más, Antonio! exclama. El destino te arrebató al único ser por el que todavía te aferrabas a la vida!

Acababa apenas de pronunciar esas palabras cuando se precipita a su recámara, se quita la coraza y llama a su esclavo Eros. Dirigiéndose en voz alta a la reina, a quien cree muerta:

— Cleopatra! gime, no me entristece separarme de ti, porque no tardaré en reunirme contigo. Lo que me aflige es que un general como yo haya dado pruebas de un valor más lento que el de una mujer!

Le pide entonces a Eros que le aseste el golpe de gracia. El esclavo saca su espada como para ejecutar la orden. Empero, en lugar de dirigirla contra su jefe, la hunde en su propio pecho y se derrumba en un charco de sangre.

— Bien, Eros, bien! murmura Antonio inclinándose sobre su cuerpo. Le mostraste a tu amo cómo hacer lo que no tuviste el corazón de cumplir tú mismo....

Retirando la espada sangrienta del pecho de Eros, él se atraviesa a sí mismo y cae en su lecho.

Su herida, aunque muy grave, no es inmediatamente mortal. La hemorragia se detiene y Antonio recobra el conocimiento. Aparecen algunos de sus criados egipcios. Él les suplica que le pongan un término a sus sufrimientos. Pero cuando lo ven todavía vivo, aunque bañado en su sangre, huyen espantados, dejándolo allí gemir y retorcerse.

Sin duda fueron ellos quienes informaron a la reina del suicidio del triunviro porque, unos cuantos instantes más tarde, Diómedes, el secretario privado de Cleopatra, entra en la pieza. Al constatar que Antonio todavía respira, le informa que la reina no está muerta, que a voces lo llama, que pide llorando que le lleven su cuerpo. Al oír esas palabras, Antonio siente que se levanta en él un nuevo sol. Reuniendo en un supremo esfuerzo las pocas fuerzas que le quedan, le suplica que lo transporte al mausoleo fúnebre.

Una vez más — una última vez — el destino los reúne en los brazos uno del otro, para que puedan allí morir....

IV

Tiene entonces lugar la escena trágica que siempre ha fascinado la imaginación de los poetas.

«Se depositó al moribundo a la puerta del mausoleo. En una ventana de arriba aparece Cleopatra. Ve a Antonio que agoniza en el umbral. La pesada puerta sigue cerrada pero, desde la ventana, las mujeres lanzan jarcias y correas con las que atan a Antonio semi-desvanecido. Cleopatra misma ayuda a subir el gran cuerpo de atleta.

«Nunca, dicen los testigos oculares, se vio una escena tan desgarradora. Inundado en sangre, retorciéndose en horribles dolores, Antonio, suspendido en la cuerda que oscila, tiende los brazos hacia Cleopatra. Qué dura debió haber sido esa tarea para una mujer! Con la cara contraída, en el límite de sus fuerzas, es con grandes esfuerzos que logran izar el cuerpo, mientras que de abajo suben los gritos de angustia y de aliento». Aquí Plutarco obviamente se sirvió del testimonio de Olimpo, el médico de Cleopatra, y es en términos conmovedores que nos describe cómo el dolor revela a esos dos seres el trasfondo de sus naturalezas:

«Acuestan a Antonio en un lecho; agotado, pide un poco de vino y, apenas su corazón vacío ya de sangre vuelve débilmente a palpitar, trata de reconfortar a Cleopatra, de alentarla. Para él, la muerte no es horrorosa y, mientras que su sangre se derrama hasta la última gota, le recomienda a esa mujer tan amada que confíe su destino en las manos de Proculeio, a quien considera como el más digno de

confianza entre los amigos de Octavio. Y el héroe expira entre los brazos de su amante.

«En Cleopatra, la grandeza de ese instante hace estallar bruscamente el esmalte de la civilización helénica y la reserva inculcada por la educación real. Exhala su desesperación de mujer, su pasión de oriental en lamentos de una violencia inaudita. Con sus agudas uñas, furiosamente rasga su rostro y sus senos, destroza sus ropas, hunde su cara en la sangre del muerto y, mientras le murmura las más tiernas palabras, pasado y porvenir, todo queda abolido...». ^{clxxi}

V

El cuerpo de Antonio es amortajado. Ahora sí, Cleopatra está sola, encerrada con Iras y Carmión en el mausoleo que comunica con el templo de Isis. Si no dependiera más que de ella, se buena gana se daría la muerte. Después de tantas decepciones ¿qué podría todavía aportarle la vida? Ésta ya no se le aparece, como en la época de su juventud, con el aspecto de una avenida centelleante de luz, sino como un tenebroso río que, de cuando en cuando, deposita un cadáver a sus pies. Irse le resultaría fácil si no tuviera a Cesarión. Pero ¿tiene ella el derecho de abdicar mientras le quede una oportunidad de asegurar su porvenir?

A decir verdad, esa oportunidad no es más que la llama de una lámpara que se apaga. Pero mientras ella no se haya encontrado con Octavio subsiste una chispa de esperanza. Quizá gracias a una última conversación podría ella arrancarle algunas concesiones en favor de su hijo! Si no una corona de soberano ¿no podría Cesarión al menos ser regente de Egipto? No es mucho pedir. Pero ella sabe que no está en posición de exigir más....

Con sus delgados labios y su cara pálida, Octavio encarna todo lo que ella más detesta. Sus mismos amigos dicen que es inhumano. Pero quizá lograría ella de todos modos conmoverlo! Sus encantos son tan poderosos! Ya han realizado tantos prodigios! ¿Resistirá Octavio al espectáculo de su desamparo? Domando la repugnancia que resiente al verlo, lo espera con una mezcla de esperanza, de impaciencia y de horror.

Pero Octavio tarda en llegar. Su poca prisa por dirigirse al mausoleo muestra que no le concede ningún valor a una conversación con la reina. Por fin la puerta cede y él aparece.

Cleopatra, nos dice Plutarco, se lanza hacia él en la única ropa con la que se cubre la piel y se echa a sus pies, desgredada, el rostro salvaje, la voz temblante, los oscuros ojos hundidos en sus órbitas. Las marcas de los golpes que ella misma se dio son visibles alrededor de sus senos. El todo de su personalidad no parece menos afligido que su cuerpo. Y, sin embargo, ni su famoso encanto ni la insolencia de su

belleza la han abandonado por completo. A pesar de su nueva condición, irradian de ella y aparecen en todas las expresiones de su rostro».

Y Weigall añade: «La imagen de la pequeña reina trastornada hasta la demencia, el rostro a medias cubierto por su cabellera en desorden, su vestimenta floja deslizándose por sus hombros — mientras ella se agacha ante ese hombre glacial, de aspecto insano, parado ante ella, un tanto confuso — no puede más que desolar al historiador que haya seguido todas las fases de su lucha contra el representante de Roma».^{clxxii}

Viendo que Octavio permanece insensible, ella recurre al medio supremo que ha mantenido en reserva, para el caso en que ella no llegara a conmoverlo con sus lágrimas. Levantándose de su lecho, va a buscar un paquete de cartas que César otrora le escribiera, así como dos retratos de él, realizados al natural. Se las tiende a Octavio con un semblante extraviado:

— *Tú sabes*, le dice ella, *lo que yo fui para tu padre* ^{clxxiii} y no ignoras que fue él quien colocó en mi cabeza la corona de Egipto. Si quieres darte cuenta de nuestras relaciones personales, lee esas cartas! Todas fueron escritas por su propia mano!

Pero Octavio se rehúsa a enterarse de ello. ¿Acaso esas cartas no tienen para él ningún interés? Como Cleopatra insiste, las hojea negligentemente. Pero sus rasgos no expresan más que una indiferencia glacial. Decididamente, es «el más frío de todos los monstruos fríos».

Al llegar a Alejandría, César había encontrado en su camino a Cleopatra, una joven genial, esbelta y risueña; Antonio, una reina madura gracias a la experiencia y que había accedido a la cúspide de su belleza. Pero para Octavio — que no tiene más que treinta y tres años — ella es una mujer avejentada, con encantos marchitos, por la cual no siente más que repulsión y desdén. Responde a sus súplicas con algunas frases banales. Si le dijera el fondo de su pensamiento, le declararía que no tiene nada que hacer con sus gemidos y sus sollozos. Ni siquiera está interesado en los vínculos que la unieron a César. Hace mucho tiempo que la juzgó y, en lo que respecta a Egipto, ya tomó sus decisiones. Lo que él ama no tiene un rostro humano: es Roma, es el Estado, y es por eso que terminará por triunfar.

Cuando Octavio se retira, Cleopatra por fin comprende que la partida está perdida. Nada hará ceder el odio del vencedor. Él la arrastrará al Capitolio, amarrada a su carro. La exhibirá en su triunfo, cargada de cadenas, expuesta a la rechifla y a los escupitajos del populacho. Ese único pensamiento basta para hacerla temblar de horror. No, no, no se le ofrecerá al mundo semejante espectáculo!

Le ordena a sus doncellas que le consigan un áspid. Un esclavo se introduce por la noche en el mausoleo. Lleva con él una pequeña serpiente negra, disimulada en un cesto de higos. Aunque no sea más grande que un dedo, su picadura es mortal.

Cleopatra se hace llevar una última vez a la tumba de Antonio y se queda un largo momento extendida sobre la losa que recubre el cuerpo de su amante. Con la

mejilla puesta sobre la piedra, le suplica que olvide sus querellas y sus disentimientos, que le perdone todo el mal que le hizo sin querer.

— Líbrame, líbrame de la vergüenza y del infortunio! le dice. Llévame contigo! Porque de todos los sufrimientos que la vida me ha infligido el más terrible fue ese breve momento que pasé lejos de ti!

Luego ella regresa al mausoleo, se extiende sobre su lecho y se hace llevar el áspid. Sacándolo delicadamente de su cesto, lo coloca en su seno y se duerme para siempre. Iras y Carmión siguen su ejemplo (29 de agosto de 30).

Octavio venció: es el amo de Egipto.

Unos días más tarde, Cesarión es asesinado. En lugar de incitarlo a huir a las Indias, como se lo había recomendado la reina, su tutor Rhodón lo persuade de que toda resistencia a Octavio es inútil y que más le vale entregarse a su clemencia.^{clxxiv} Siguiendo su consejo, el adolescente, demasiado confiado, regresa a Alejandría, en donde Octavio de inmediato lo hace estrangular. Cuando más tarde se le preguntará por qué se prestó a ese crimen, Rhodón responderá sin pestañear:

— ¿Dos Césares al mismo tiempo? Hubiera sido demasiado para el mundo.... Cuando pensamos, cuando soñamos.... Pero todo comentario es superfluo.

^{clxvii} Probablemente en noviembre de 31.

^{clxviii} Este itinerario sigue de cerca el trazo del actual canal.

^{clxix} Se entiende que las circunstancias hayan forzado a Cleopatra a proclamar su mayoría de edad. Al hacerlo, ella pretendía insistir muy particularmente en el hecho de que la mayoría de edad de Cesarión le demostraría a los alejandrinos «que tenían ahora como rey a un hombre» (Dion Cassius). De ahí en adelante, Cesarión podía subir legítimamente al trono de Egipto – o por lo menos reivindicarlo, si se le negaba ese derecho.

^{clxx} Según algunos, ese extraño tumulto se habría debido a las vanguardias octavianas que se encontraban encuarteladas cerca de la Puerta de Canope y que se habrían entregado a libaciones inmoderadas el día anterior a la batalla.

^{clxxi} Ferdinand MAINZER: *L'Héritage de César*, pp. 219-220.

^{clxxii} Weigall: *Op. cit.*, p. 276.

^{clxxiii} Con ese gesto, Cleopatra reconoce *in extremis* la validez de la adopción de Octavio por parte de César. Indica que renuncia a disputarle la preeminencia. Pero al mismo tiempo al hacer un llamado a las voluntades del ilustre difunto, trata de crear, entre Octavio y ella, vínculos de familia para desarmarlo.

^{clxxiv} Parece que también Rodón fue sobornado por agentes de Octavio, enviados a Berenice especialmente para este efecto.